

LA MUJER EN LA UNIVERSIDAD: LAS PRIMERAS PROFESORAS DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UVEG

Navarro Olmos, Elena

Universitat de València

enaol@alumni.uv.es

Chismol Muñoz-Caravaca, Guillermo

Universitat de València

guichis@alumni.uv.es

Resumen

En el presente trabajo vamos a analizar el tiempo y el modo en el que la mujer accede a la esfera profesional de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universitat de València, desde las plazas de ayudantes de clases prácticas a los órganos de representación.

La primera mujer empieza a dar clases en 1930. Durante los años 40 y 50 no se producirán grandes avances ni modificaciones en la situación socioprofesional de las mujeres dentro de la universidad; mientras que desde mediados de los 60 y sobre todo en los 70 asistimos a una verdadera eclosión y consolidación de su presencia. También es en este momento cuando el género femenino da los primeros pasos en la gestión de la Universitat de València, afirmándose su posición en los años 80, con la constitución de la universidad democrática.

Palabras Clave

Universitat de València. Profesoras. Facultad Filosofía y Letras.

Abstract

In this paper we will analyze the time and manner in which women acceded the professional sphere of the Faculty of Arts at the University of Valencia. The first woman starts to teach in 1930. During the 40's and 50 major advances and changes didn't happen in the social and professional status of women in the university.; while since the mid-60s and especially the 70s we are attending a veritable explosion and consolidation of her presence. It is also at this time when the female gives the first steps in the management of the University of Valencia, affirming her position in the 80s, with the establishment of the democratic university.

Keywords

University of Valencia. Teachers. Faculty of Philosophy and Letters.

LA MUJER EN LA UNIVERSIDAD: LAS PRIMERAS PROFESORAS DE LA FACULTAD DE FILOSOFÍA Y LETRAS DE LA UVEG

“Hoy por hoy, aquí se admite a la mujer libremente en la segunda enseñanza; en la superior solo ingresa por una especie de concesión graciosa y sujeta a condiciones que dependen de la buena voluntad de rectores y profesores; y después de haber sido recibidas así, como por lástima o por excepción que impone una singularidad fenomenal, rara vez y en contadísimas profesiones se les permite ejercer lo que aprendieron y aprovecharlo para asegurar la independencia de su vida, o para ejercitar el santo derecho a seguir la vocación propia.”.

Desde que Emilia Pardo Bazán pronunciara estas palabras en 1892, hasta que el hecho de que una mujer luche por sus sueños sea percibido como algo normal, han tenido que pasar muchos años. Desde la base a los puestos de dirección, la universidad es un espacio que ha tenido que ser conquistado por el género femenino. Construida durante siglos a espaldas de las mujeres, la institución universitaria ha constituido un espacio de sociabilización masculina por excelencia, siendo además la puerta de acceso a una estatus social superior, totalmente reservado al género masculino (GARCÍA DE LEÓN, 1990: 360 - 362).

Para Consuelo Flecha, la progresiva emancipación de la mujer y su incorporación al mundo de la cultura y del trabajo, debió de ir indudablemente unido a unas mayores exigencias de preparación académica (FLECHA, 1996: 21), no obstante hasta mediados del siglo XX fueron pocas y en medio de grandes resistencias las que consiguieron cursar unos estudios superiores (FLECHA, 1996: 33). Desde que Concepción Aleixandre y Manuela Solís se licenciaron en Medicina en 1889, la conquista del estamento estudiantil por las mujeres supuso el acceso de éstas al mundo laboral profesional. Aunque las mujeres llevaban años desarrollando trabajos como el de maestra, o el de enfermera, la posesión de un título universitario les otorgaba ahora la capacidad de ejercer una profesión cualificada, lo que suponía un gran salto cualitativo en su concepción y en su estatus.

Así pues, en este trabajo nos vamos a centrar en cuáles fueron los primeros pasos de la mujer en su acceso a la esfera profesional de la Universitat de València, concretamente dentro de la Facultad de Filosofía y Letras de ésta. En la segunda parte de la investigación, siguiendo una línea cronológica y cualitativa, nos hemos centrado en plasmar el modo en qué esas primeras trabajadoras pasaron a formar también parte de las instituciones rectoras de la Universitat.

Fuentes y metodología

Por lo que respecta a las fuentes y a la metodología, el presente trabajo ha sido elaborado esencialmente a través de la consulta de fuentes de archivo, complementadas con la realización de entrevistas a personas implicadas directa o indirectamente en el proceso estudiado y, en último lugar, con la lectura de bibliografía relacionada.

La investigación con fuentes de archivo responde al primer tramo de la investigación, de carácter más bien cuantitativo, del que se pretendía extraer una relación de datos con los que poder elaborar una primera visión general de proceso histórico que se estaba estudiando: el acceso de

la mujer a la Universitat de València, no como alumna sino como profesora. Para ello han sido consultados los libros y expedientes de personal que se custodian en el Archivo Histórico de la Universitat de València (AUV). Ello nos ha permitido identificar a los sujetos de estudio, mujeres con nombres y apellidos que se incorporan a la Facultad en una cronología determinada y que desarrollan unas labores específicas para cada caso. Solo una vez generada esta primera base de datos ha sido posible avanzar cualitativamente en la investigación, acercándonos y analizando cada caso.

Por lo que respecta a la segunda parte de esta investigación, la que se refiere a la presencia de mujeres en los ámbitos de dirección de la Universitat de València, la metodología empleada ha sido prácticamente la misma. Se empieza por la consulta de los libros de actas de los Juntas de Gobierno y de los Claustros de la Universitat, igualmente conservados en el Archivo Histórico de la Universitat de València (AUV) y en la Secretaria General de la Universitat de València, así como en el Archivo Intermedio de la Universitat de València. Una vez que hemos podido identificar en la documentación a las primeras mujeres en formar parte de dichos órganos hemos podido proceder a realizar un estudio más pormenorizado de las mismas.

Dentro de este primer tramo de la investigación cabe destacar el uso de las Memorias Académicas de la Universitat de València. Pese a que se trata de una publicación periódica, atendiendo a la calidad de los datos que recoge y a la autoridad emisora de la misma, la propia Universitat, no la hemos considerado como parte de la bibliografía sino como una fuente de archivo. Se trata de una memoria administrativa publicada cada año por la Universitat de València. En ella se recogen los actos más destacados del curso anterior, con mención especial al nombramiento de nuevos catedráticos o a la entrega de los premios extraordinarios de tesis y licenciatura. Para nuestro trabajo han resultado ser de gran valor por contener una relación del profesorado de cada centro, indicando las áreas y las asignaturas a las que estaba adscrito y el carácter de su plaza (catedrático, adjunto, ayudante de clases prácticas, etc.). Se conservan publicaciones entre 1945 y los años 90, no obstante, la pérdida de algunos ejemplares ha generado ciertos vacíos documentales que, a efectos de nuestra investigación, han sido suplidos con la consulta de las fuentes de archivo.

El segundo tramo de la investigación ha consistido en la realización de entrevistas a aquellas mujeres que participaron en el proceso que estamos estudiando, siempre y cuando haya sido posible localizarlas y ponerse en contacto con ellas. Para ello se formuló un cuestionario estándar de 5 preguntas de carácter personal que las entrevistas respondieron con más o menos extensión. Ello nos ha permitido conocer de primera mano las experiencias y los procesos vividos por las protagonistas de nuestra investigación, permitiéndonos darle al trabajo un enfoque más ajustado a la realidad del momento estudiado, sin dejarnos llevar por las concepciones que al respecto del género tiene nuestra sociedad.

Así mismo, la posibilidad de hablar cara a cara con algunas de estas mujeres nos ha servido para corroborar de primera mano los datos extraídos de las fuentes consultadas, así como para darles sentido a algunos datos que en la documentación administrativa aparecen huérfanos y carentes de toda contextualización.

Finalmente, cabe hacer una mención a la bibliografía empleada. Puesto que se trata de un tema poco o nada estudiado no hemos podido acceder a monografías o publicaciones específicas sobre el tema, aunque sí hemos recurrido a trabajos que, desde otras perspectivas, han abordado la introducción de la mujer en la universidad. En este sentido han sido esenciales trabajos como los de Consuelo Flecha *Las primeras Universitarias en España* o Pilar Ballarín *La educación de las mujeres en la España Contemporánea*. Por lo que respecta al caso concreto de la Universitat de València ha sido de gran relevancia el trabajo de Dolores Sánchez y Vicenta Verdugo sobre el acceso de las mujeres a la universidad, publicado por la Unidad de Igualdad de la Universitat de València, y que cuenta con una valiosa base de datos sobre las primeras alumnas.

Para elaborar el marco histórico e institucional en el que nos movemos hemos recurrido a los trabajos de Fernanda Mancebo y de Marc Baldó sobre la historia de la Universitat de València y de la Facultad de Filosofía y Letras respectivamente, fundamentales para comprender los mecanismos de acceso, promoción y desarrollo de la actividad laboral de las primeras profesoras.

Dentro de este campo hemos considerado oportuno englobar también las biografías de algunas de las mujeres estudiadas, que, atendiendo a otras hipótesis de partida, han sido elaboradas previamente.

En último lugar, aunque no por ello menos importante, queremos hacer mención a los archivos personales a los que hemos tenido acceso en el transcurso de esta investigación. Puesto que no se ha tratado de una práctica generalizada, sino que únicamente han sido tratados de forma excepcional, no hemos querido clasificarlos como una de las fuentes principales, aunque es innegable el valor histórico de algunas fotografías, recortes de prensa o documentos que ellas mismas conservan.

Docencia y gestión

La primera mujer que dio clases, no solo en la Facultad de Filosofía y Letras, sino en toda la Universitat de València, fue Olimpia Arozena Torres, nacida en 1902 en La Laguna, Tenerife. Olimpia se licenció en Filosofía y Letras (sección de Historia) en 1929 con premio extraordinario de su promoción y, al año siguiente, ingresó como ayudante en el cuerpo docente de la Facultad. Durante toda su estancia en la Universitat, Olimpia estuvo vinculada a la Cátedra de Arqueología, Epigrafía y Numismática, así como al área de Ciencias Auxiliares, impartiendo materias como paleografía o diplomática. Aunque su estancia en la Facultad puede considerarse estable y continuada, Olimpia jamás alcanzó la titularidad de su plaza, si bien sí que fue nombrada *profesora adjunta por concurso-oposición*, un estatus que de ningún modo era permanente, sino que debía ser renovado cada cuatro años. Hasta que cesó de su cargo por renuncia en 1966, Olimpia participó de forma muy activa en la vida universitaria. Durante los años de la República formó parte de los Seminarios de Filología Valenciana, que después pasarían a convertirse en el Instituto de Estudios Valencianos. Así mismo, formó parte del Laboratorio de Arqueología, fundado en 1921. Por lo que respecta al ejercicio de su docencia, Olimpia compuso, junto con figuras como las de Luis Gonzalvo, Deleito o Sanchís Guarner entre otros, el grupo más modernizado y progresista de la Facultad de Filosofía y Letras de Valencia.

Olimpia Arozena constituye un caso excepcional, no solo por ser la primera mujer profesora de la Universitat de València, sino también por la diacronía de los acontecimientos que vivió en ella: la universidad progresista de la República, la de los años de la Guerra Civil, la de la transformación franquista, la apertura de los años sesenta, etc. Olimpia hubo de pasar, como muchos otros, el proceso de depuración llevado a cabo por el régimen de Franco en los cuarenta, teniendo que demostrar la adhesión al régimen y participar en el *Servicio Social* de la Sección Femenina. Quienes recuerdan a *Doña Olimpia* lo hacen como una mujer grande e imponente, una persona cuya presencia no pasaba desapercibida. La estima de sus alumnos y compañeros, así como el buen desempeño de su trabajo se puso de manifiesto al ser nombrada Profesora Adjunta Honoraria en 1966. Así pues, Olimpia Arozena representa la imagen de una auténtica pionera, una mujer que rompió, consciente o inconscientemente, una barrera que había sido infranqueable durante más de cuatro siglos de historia.

A pesar del gran avance que supuso la entrada de Olimpia en la Facultad, lo cierto es que no marcó una tendencia, pues habrá que esperar dos décadas para poder encontrar a otra mujer dando clases y trabajando en la Facultad de Filosofía y Letras de Valencia. Es más, Olimpia Arozena constituyó una auténtica excepción en la Universitat de València durante toda la década de los treinta, no en vano hay que esperar hasta 1939 para encontrar a Esther Llorca Quintana dando clases como ayudante en la Facultad de Ciencias, seguida de Carolina Álvarez Irairoz, que ingresa en el cuerpo docente de la misma Facultad en 1942.

Así pues, habrá que esperar hasta los años 50 para encontrar a más mujeres ejerciendo de profesoras universitarias, y a los 60 para que su presencia se consolide y pueda ser considerada como algo significativo. Si atendemos a las áreas de conocimiento que se integraban dentro de la amplia y abstracta titulación de Filosofía y Letras, observamos como la primera en contar con mujeres en sus filas fue la de Historia, una tendencia que se ha mantenido al alza desde entonces. Encarnación Maestro González se convierte en 1959 en la segunda mujer adscrita a la cátedra de Paleografía y Diplomática, no obstante, nunca llega a consolidar una plaza y su carrera se trunca en 1962, cuando abandona el cuerpo docente de la Facultad. La consolidación de la presencia femenina en los departamentos de Historia vendrá de la mano de Emilia Salvador Esteban, quien se licencia en 1961 y a quien encontramos en septiembre de ese mismo año impartiendo clases como ayudante de clases prácticas. Con la creación del cuerpo de adjuntos en 1973, Emilia será una de las primeras profesoras de la Universitat de València en acceder a dicho estatus, afirmando definitivamente su papel en la Facultad. En 1979 accede a la Cátedra de Historia Moderna, siendo la primera mujer catedrática de historia y una de las primeras dentro del conjunto de la Universitat de València. Emilia Salvador también destaca por ser la primera mujer directora de departamento de la Facultad, cargo que ocupó entre 1972 y 1987.

A lo largo de la década de los 60 irán accediendo a la Universitat mujeres como Amparo Cabanes Pecourt (1963), adscrita a historia medieval; Amparo Álvarez (1967), en historia contemporánea; Milagro Gil-Mascarell Boscá (1966), Gabriela Martín Ávila (1965) y Carmen Aranegui Gascó (1968), en arqueología, etc.

Por lo que respecta a la Historia del Arte, Francisca Olmedo Hurtado de Mendoza constituye, en 1953, la primera mujer en hacerse cargo de clases adscritas a la cátedra de Arte y la segunda mujer en trabajar como profesora en la Facultad. El paso de Francisca Olmedo por la Universitat está marcado por las idas y venidas que le fueron imponiendo tareas como la subdirección del Museo Arqueológico de Madrid o el ejercicio del periodismo en la radiotelevisión valenciana. Su currículum se asemeja bastante al de Olimpia Arozena, pues no llegó a consolidar de manera fija su plaza, a pesar de haber desarrollado toda una carrera en la Facultad de Filosofía y Letras. A finales de los 50 se incorpora Asunción Alejos Moran, quien sí podrá afianzarse en la Universitat, desarrollando una extensa carrera académica hasta su jubilación en 2005. Trinidad Simó Terol y Violeta Montoliu Soler, quienes acceden al cuerpo docente de la Facultad en 1966 y 1968 respectivamente, son dos mujeres muy marcadas por la figura de Felipe Garín, catedrático de Historia del Arte, con quien rompen la relación al poco de licenciarse. Ninguna de las dos desarrollará su carrera en la Universitat de València sino que, por caminos diferentes, ambas acabarán trabajando y dando clases en la Universitat Politècnica de València, concretamente en la Escuela Superior de Arquitectura, dirigida durante varios años por la propia Violeta.

El área de Geografía será una de las que más tarda en incorporar mujeres a sus filas, pues hay que esperar a finales de los años 60 para que María Jesús Teixidor de Otto se licencie y empiece a dar clases de geografía urbana. Cabe señalar que, antes que ella, Julia Valero Palmero ya impartía algunas clases de geografía en la Facultad de Filosofía y Letras, no obstante, Julia no llegó a superar el estatus de ayudante de clases prácticas y de encargada de curso, finalizando su carrera académica en 1978.

Por lo que respecta a la sección de Pedagogía, que a priori puede plantearse como la más "femenina", cabe tener en cuenta que ya existía una titulación de magisterio, más apropiada para todas aquellas mujeres, y hombres, cuyo objetivo era dedicarse a la enseñanza. Así pues, la Pedagogía estaba reservada para quien buscaba ir un paso más allá, hacer teoría de la educación. Así se explica el reducido número de mujeres que hasta los años 60 estudiaron y se dedicaron a la ciencia de la pedagogía. Raquel Payá Ibars y Presentación Sáez Descatllar son las dos primeras mujeres que impartirán clases en la sección de Pedagogía de la Facultad de Filosofía y Letras de Valencia. Raquel se matricula en primera instancia en la Escuela Normal de Magisterio de Valencia, aunque al poco tiempo empieza también sus estudios de Pedagogía en la Universitat, donde se licencia en 1940. Siguiendo los pasos de su madre, la famosa escritora valenciana María Ibars, inicia su carrera profesional en la Escuela Normal de Valencia, pasando después a ejercer como catedrática en las escuelas de Albacete y Valladolid. En 1964 regresa a Valencia, donde simultaneará su trabajo como catedrática en la Escuela Normal y como profesora en la Facultad de Filosofía y Letras, encargada de asignaturas como Pedagogía Experimental, Pedagogía Terapéutica o Legislación Escolar, etc. En cuanto a Presen Sáez, se licencia en 1962 y al año siguiente empieza a dar clases adscrita a la Cátedra de Ética y Sociología. Lo cierto es que la estancia de Presen en la Facultad fue breve, pues donde de verdad desarrolló su carrera docente fue en la Prisión Provincial de Mujeres de Valencia. Ambas mujeres, además de ser unas pioneras en la docencia universitaria, representan figuras esenciales del movimiento de renovación pedagógica del País Valenciano.

La última sección en ser conquistada por el género femenino fue la de Filosofía, con Celia Amorós Puente, que en 1969 se licenciaba y empezaba a dar clases como profesora adjunta adscrita al Departamento de Lógica y Filosofía de la Ciencia. Muy influenciada por personajes como Rosa Luxemburgo o Simone de Beauvoir, Celia dedicó la mayor parte de su carrera como filósofa al desarrollo de la teoría feminista, siendo una pionera en la introducción de los estudios de género en la universidad. Tras unos años en la Universitat de València, su carrera académica se desarrolló en la Universidad Nacional de Educación a Distancia (UNED), donde se convirtió en profesora titular en 1976, y en la Universidad Complutense de Madrid, donde llegó a ser catedrática en 1985 y donde dirigió el Instituto de Estudios Feministas.

Hemos dejado para el final la Sección de Filología por lo extraordinario del caso. Al margen de María Luisa Giner Manchón, quien está presente en la Facultad desde los años 50, sin, no obstante, llegar a consolidar nunca su plaza; y Elena Martínez Jávega, que da clases de francés entre 1963 y 1973; los primeros pasos de la mujer en la Sección de Filología Moderna de la Facultad de Filosofía y Letras los dieron, por raro que parezca, profesoras extranjeras, encargadas de lenguas como el inglés, el alemán o el francés. Se trataba de mujeres formadas en sus países de origen que llegaban a Valencia para dar clases en academias o en la propia Universitat. Muchas de ellas permanecieron unos pocos años antes de partir hacia otros destinos, geográficos o profesionales, mientras que otras se establecieron de forma definitiva en Valencia, consolidando su carrera docente en la Universitat.

Es el caso de Vivienne Hughes, de origen británico, quien se traslada muy joven a Valencia, donde empieza a dar clases de inglés en la Facultad de Filosofía y Letras en el año 1959, convirtiéndose en una de las primeras profesoras de la sección de filología. Vivienne destacó por su gran profesionalidad y por su vocación para la docencia, bien reconocida por compañeros y alumnos. Herta Schulze, de origen alemán, constituye otro caso paradigmático, pues cursa sus estudios en Hamburgo, donde también estudia español con la intención de trasladarse a España para trabajar. En 1971 ingresa en el cuerpo docente de la Facultad de Filosofía y Letras de Valencia como profesora de alemán, siendo una de las primeras personas que en la Universitat de València se consagraba al estudio y enseñanza de esta lengua. Herta es considerada una pionera de los estudios germánicos, jugando un papel esencial en la creación y consolidación de un Departamento de Filología Inglesa y Alemana, del que llegaría a ser su secretaria entre 1993 y 1996. Herta también destacó por ser una persona comprometida, tanto con su carrera como germanista, como social y políticamente, siendo un miembro activo de la lucha contra la dictadura franquista en Valencia.

Junto a ejemplos como los de Vivienne o Herta, otras mujeres pasaron por la Facultad de Filosofía y Letras como profesoras de lenguas extranjeras. Es el caso de Josephine Johnson, profesora de inglés entre 1965 y 1969, de Marie Louise Nouhaud y Christianne Guiffant como profesoras de francés en los años sesenta o de Angioletta Milanese, profesora de italiano en los setenta. A pesar de poseer todo el mérito de ser unas pioneras en la Universitat de València, creemos que su caso debe ser estudiado desde otra perspectiva, pues se trata de mujeres con otra formación y otra mentalidad, cuyo objetivo al llegar a la universidad era, ya de entrada, el de trabajar en ella.

Los procedimientos de entrada en el cuerpo docente de la Facultad de Filosofía y Letras de Valencia son muy similares en todos los casos. Lo más habitual es que empezasen a dar clase al poco tiempo de licenciarse. Incluso hay casos en los que, acabada la carrera en junio, ya en septiembre se encuentran adscritas a alguna cátedra como ayudantes o como encargadas de curso. Las plazas de ayudante de clases prácticas y de encargada de curso representaban una situación un tanto insegura y precaria, pues debían ser renovadas cada año y no ofrecían ninguna seguridad laboral. El siguiente escalón a superar era el de profesora adjunta, que hasta los años 70 no cabe ser entendido tal y como lo hacemos hoy en día, pues no suponía poseer la titularidad de una plaza sino, simplemente, estar adscrito a una cátedra concreta, lo cual representaba formar parte de un equipo y, por tanto, sí ofrecía una cierta seguridad.

Estos primeros pasos fueron iguales para hombres y para mujeres, no obstante, la diferencia radicaba en que para ellos solo solían representar un peldaño en su ascenso hacia plazas titulares o de catedráticos, mientras que para las mujeres, que empezaban a dar tímidos pasos en la universidad, la situación podía llegar a ser permanente. Bien por falta de ambición entre las propias mujeres, bien los por escollos que la elevada competencia masculina podía imponer, lo cierto es que las primeras profesoras de la Facultad de Filosofía y Letras a penas llegaron a afianzarse en la universidad como trabajadoras fijas, poseedoras de una situación laboral digna y estable, tanto por lo que respecta a nivel jurídico como económico, pues los sueldos de una ayudante siempre iban a estar por debajo de los de un adjunto, y éstos, por debajo de los de un catedrático.

La situación laboral de la mujer dentro del PDI de la Universitat no se consolida hasta 1973, con la creación del Cuerpo de Profesores Adjuntos, en el que desde el principio tuvieron cabida. Ahora sí, el acceso a una plaza de profesora adjunta suponía poseer de verdad la titularidad de la misma. Para ello era necesario acudir a Madrid, donde un tribunal examinaba con lupa los méritos personales de cada uno y de cada una. Aunque en el momento de presentar su solicitud la mayoría de las mujeres ya cumplía con creces todos los requisitos, dados los años que a menudo llevaban trabajando en la Universitat, ello no quita que tener que enfrentarse a tribunales completamente compuestos por hombres, a los que muchas veces no les hacía especial gracia que la mujer andara ganando terreno dentro de la institución universitaria, fuera un trago difícil. Por lo que respecta a la Facultad de Filosofía y Letras, Emilia Salvador y Amparo Cabanes fueron las primeras mujeres en acogerse al nuevo estatus, seguidas muy de cerca por las prehistoriadoras Milagro Gil-Masarell y Carmen Aranegui. Aun así, huelga decir que fue un proceso al que accedieron mujeres procedentes de todas las facultades de la Universitat de València.

Haciendo un repaso de la carrera protagonizada por la mujer en la Facultad de Filosofía y Letras, podríamos considerar que la cumbre académica se alcanza en 1972, con el acceso de M^a Isabel Gutiérrez Zuluaga a la Cátedra de Pedagogía. Isabel, con un fuerte carácter recordado por todos los que trabajaron a su lado, llegó a la Universitat de València en 1970, como profesora agregada del Departamento de Historia de la Educación, del que durante unos años llegó a ser directora. La segunda mujer en acceder a una cátedra fue Emilia Salvador en 1979, convirtiéndose en la primera mujer catedrática de Historia. El caso de Emilia resalta por ser la

primera mujer que, habiéndose licenciada ya por la Universitat de València, completa la carrera académica hasta alcanzar la posición más elevada para un profesor universitario.

La segunda parte de nuestra investigación hace referencia al tercer gran ámbito de participación en la vida universitaria, el de la gestión y dirección de la misma. Si bien entre la llegada de la primera alumna hasta que Olimpia Arozena empieza a dar clases de paleografía y de diplomática hubieron de pasar cuarenta y un años, desde entonces hasta que una mujer ocupa un asiento en la Junta de Gobierno fueron necesarias otras cuatro décadas.

De la primera mujer que nos ocuparemos es de la mencionada M^a Isabel Gutiérrez Zuluaga, quien, como catedrática y directora del I.C.E. (Instituto de Ciencias de la Educación), participó en la Junta de Gobierno, órgano del que actualmente es heredero del Consell de Govern (Consejo de Gobierno) de la Universitat de València, y del que emanaba la aprobación de los presupuestos, así como todas las decisiones estratégicas y/o sensibles. La primera sesión en la que participó fue la del 17 de noviembre de 1972. Al inicio misma el rector, Rafael Báguena, felicita, haciéndolo constar en acta, a Isabel por ser la primera mujer en la historia de la Universitat en detentar una cátedra. En el turno abierto de palabra, M^a Isabel interviene para exponer que la Universitat de València ha obtenido unos grandes resultados en cuanto al análisis y orientación de los problemas del C.O.U., habiendo sido felicitada personalmente por el Ministerio de Educación, ya que ella se había ocupado de todo en primera persona. También informa que la Universitat de València está seleccionada, junto con las universidades de Bilbao y Salamanca, para formar parte de la Junta Permanente de Supervisión del C.O.U.

M^a Isabel tomará parte de la Junta de Gobierno del siete de diciembre de 1972. En esta sesión plantea que el apartado de orientación del I.C.E. ha de ser reforzado, presentando como modelo el de la Universitat Politècnica de València, la cual había trasvasado el presupuesto de cultural a su respectivo I.C.E. El decano de la Facultad de Medicina pide a M^a Isabel que, como directora del I.C.E., estudie los casos de los alumnos reprobados en determinadas carreras, por si fueran aptos en otras, a pesar de que este trabajo que no le pertenecía, lo que le supuso incrementar de manera considerable su carga. En esa misma sesión, M^a Isabel aprovecha para instar a la Universitat de València a que sea más rigurosa en su trato con el Ministerio de Educación, puesto que éste llevaba demasiado tiempo retrasando, *sine die*, la convocatoria de becas de colaboración, con el prejuicio que ello suponía para los estudiantes que ya llevaban tiempo trabajando en los departamentos de la Universitat.

La presencia de M^a Isabel suele ser constante en las sesiones de la Junta de Gobierno, cosa que no puede decirse de todos los miembros que conformaban la misma. Destaca su intervención del día 31 de enero de 1973, no tanto por cuanto a la gestión de la institución se refiere, sino por lo significativo de su reclamación. Ese día, M^a Isabel interviene para mostrar su perplejidad ante el hecho de que todos sus colegas posean una tarjeta de aparcamiento por su pertenecía a la Junta de Gobierno, menos ella. A pesar de que en la Valencia de principios de los 70 ya no era tan raro ver a una mujer conduciendo, quizá pesaban todavía en la memoria colectiva los años en los que conducir era cosa de hombres. Ante la disyuntiva M^a Isabel argumenta que, a pesar de lo que pudieran pensar, tenía un automóvil y lo conducía. La

anécdota se soluciona gratamente cuando el vicerrector ordenó que se le anotara a pluma de forma provisional, hasta que se le pudiera hacer una nueva tarjeta.

Los cambios en la legislación española hicieron que M^a Isabel Gutiérrez hubiera de ausentarse de las Juntas de Gobierno durante casi dos años. En la sesión de octubre de 1973 podemos ver como el rector hace constar "el sentimiento de la Junta ante su ausencia debido los imperativos de las nuevas disposiciones sobre órganos de gobierno del Ministerio de Educación", según las cuales, la plaza de directora del I.C.E. que ostentaba dejaba de tener participación en la Junta de Gobierno, siendo reemplazada por otro cargo similar, cómo es el del Director General de la Escuela Universitaria para profesorado de E.G.B., por otra parte: un hombre. Aunque en 1974 podemos observar el paso centelleante de Rafaela Tarijo Alonso como Secretaria General en funciones, lo cual tampoco suponía ser miembro de pleno derecho, lo cierto es que la representación femenina en la gestión de la Universitat de València se pierde hasta abril de 1975, cuando un nuevo cambio legislativo permite a M^a Isabel regresar a su puesto en la Junta de Gobierno. No obstante, en 1976 deja la Universitat de València y, por tanto, la Junta de Gobierno, siendo substituida por el nuevo director del I.C.E., Manuel Sanchís Guarner.

A finales de 1976, ya sumergidos en plena transición, el número de miembros de la Junta de Gobierno se duplica hasta alcanzar las dos decenas. En términos estadísticos esto supone un drástico descenso del la participación porcentual femenina, puesto que dicha ampliación no vino acompañada de ningún intento por mejorar la paridad en los órganos de dirección universitarios. Con la excepción de Esther Simón que participa de la Junta de Gobierno en la sesión de diciembre de 1983, como Delegada del Decano de la Facultad de Ciencias Biológicas, habrá que esperar a la constitución de la Universitat democrática para encontrar a otra mujer en la Junta de Gobierno.

Ya en junio de 1984 tienen lugar en la Universitat de València las primeras elecciones democráticas al Rectorado, de las que sale victorioso Ramón Lapiedra, miembro del Bloque Progresista de la Universitat de València. Inspirado por la LRU (Ley de Reforma Universitaria) del 83, el Bloque Progresista venía trabajando para constituir un nuevo rectorado totalmente democrático. Del Equipo Rectoral presentado por Lapiedra formaba parte, por primera vez en la historia de la Universitat de València, una mujer: Isabel Morant Deusa, a cargo del Vicerectorat de Extensió Universitària i Normalització Lingüística entre 1984 y 1990. La elección de Isabel como miembro del máximo órgano de dirección de la Universitat de València no estuvo exenta de polémica. Incluso desde los sectores más progresistas se puso en duda la idoneidad de que una mujer ocupara una silla de dirección. En medio de aquel debate, la propia Isabel remarca que su llegada al vicerectorado estuvo apoyada principalmente por las y los estudiantes, en concreto por el Bloc de Estudiants Agermanats (BEA). Como vicerectora su intención siempre fue reforzar la conciencia feminista en el ámbito universitario, impulsando jornadas como las de *Estudios de Investigación Feminista*, las cuales, dado su éxito, se mantuvieron durante más de una década. De hecho, la organización de dichas jornadas fue el primer acto organizado por el vicerectorado de Extensión Universitaria con Isabel a la cabeza. Teniendo en cuenta el currículum político y académico de Isabel no es de extrañar que tomara iniciativas como ésta. Además de catedrática de historia moderna, Isabel Morant representa una de las figuras clave del feminismo valenciano, siendo, además, una pionera de los estudios de género en el Estado

español. A modo de ejemplo, entre algunas de sus publicaciones más destacadas se encuentra *Sobre la razón, la educación y el amor de las mujeres: mujeres y hombres en la España y la Francia de las Luces*, publicada en 1996 junto con Mónica Bolufer (UV).

A pesar de lo innovador de las políticas de Isabel, ella misma afirma que pudo trabajar de forma cómoda, sin encontrar oposiciones dentro de su Equipo. Además de como vicerrectora, Isabel Morant participó en la dirección de la Universitat de València a través del Claustro, en las franjas de los años 1984 a 1994 y 2002 a 2006; y como miembro de la Junta de Gobierno entre 1984 y 1994.

Sobre la llegada de Isabel al Equipo Rectoral es interesante constatar cómo los medios de comunicación hicieron caso prácticamente omiso de la noticia, siendo éste un claro reflejo de la mentalidad imperante en aquella época.

El 2 de julio de 1984 marcará otra fecha de gran trascendencia para la historia de las mujeres en la Universitat de València, pues se celebra la primera Junta de Gobierno democrática, es decir, regida por los recientemente aprobados Estatutos Universitarios, en los que se aseguraba la presencia de todos los estamentos. Ello supuso la entrada en el Claustro de la primera estudiante, Raquel Ricard i Leal, de la Facultad de Filología, Traducción i Comunicación; y, poco después, de Emilia Serra Desfilis, doctora no numeraria de Psicología. M^a del Carmen Martorell Payà, vicedecana de la Facultad de Psicología; Olga Quiñones Fernández, profesora de l'Escola de Professorat de E.G.B. de València; y Àngels Giménez Garrido, por parte del Personal de Administración y Servicios de la Facultad de Filología, Traducción y Comunicación, también se incorporaron a la Junta de Gobierno a partir de ese momento.

Otro hito en la conquista de la gestión universitaria lo constituye, en 1985, la llegada de mujeres a la dirección de sus respectivas facultades, puesto que, a pesar de ocupar una posición más intermedia, había sido siempre patrimonio masculino. Carmen Alborch Bataller y Carmen Barceló fueron nombradas decanas de las facultades de Derecho y Filología, Traducción y Comunicación respectivamente.

La aprobación de los mencionados estatutos supuso la definitiva democratización de la Universitat de València. Todo el trabajo de redacción fue encomendado a una Comisión de Estatutos, en la que participaron 23 mujeres, de un total de 99 miembros (23,2%). Entre ellas podemos destacar a Carmen Aranegui, de la Facultad de Geografía e Historia; Paula Cerni, estudiante de Filología; Júlia García, estudiantes de Filosofía y CC.EE.; Pilar Pedraza, doctora no numeraria de la Facultad de Geografía e Historia; y Rosa Roig, claustral por parte de la Facultad de Filología, Traducción y Comunicación.

No cabe duda de que la rápida eclosión de la participación femenina, que durante tanto tiempo había sido totalmente nula, se debió al proceso democratizador que experimentó la universidad en su conjunto a principios de la década de los 80. Ello no quiere decir que la situación de la mujer en la universidad no se viniese planteando desde antes. Tal y como se deduce de las charlas con las propias protagonistas, las primeras profesoras, las que entran en los años 50 y principios de los 60, no eran muchas veces conscientes de lo que realmente estaban logrando al trabajar en la universidad, no obstante, a partir de la segunda mitad de la década y, sobretudo,

en los años 70, podemos ver cómo, poco a poco, se va formando una mayor conciencia de la desigualdad. Como sucedió en el conjunto de la sociedad, a la universidad llegó una nueva generación de mujeres más crítica, con una mayor conciencia de género y con una gran capacidad de lucha. Se trata, en su mayoría, de mujeres cuyas inquietudes iban mucho más allá de los estrictos límites de la Academia. Carmen Aranegi, Milagro Gil-Masarell, Amparo Álvarez, Celia Amorós, Trini Simó o Isabel Morant, por nombrar a algunas, fueron mujeres activas en los movimientos sociales que eclosionaron a finales del periodo franquista, como las Juntas Democráticas de las facultades u otros colectivos de similar ideología.

Repasando los datos presentados hasta el momento, podemos concluir que el grueso de las mujeres estudiadas responde a un perfil muy similar. Por regla general proceden de familias acomodadas, de clase media o alta, en las que el trabajo del o los progenitores permite a los hijos desarrollar unos estudios en lugar de tener que ponerse a trabajar desde jóvenes. Por lo que respecta al ambiente cultural del que proceden, es habitual que, cuando no ambos, al menos el padre posea una titulación universitaria. Celia Amorós, por ejemplo, es hija de una de las primeras registradoras de la propiedad del Estado español; o Carmen Aranegi, cuya madre era licenciada en Filosofía y Letras y su padre profesor de Ciencias Naturales en un instituto de Valencia.

Así pues, como ellas mismas reconocen a través de las entrevistas, la influencia de las familias será determinante a la hora de ingresar en la universidad. Aunque no se puede negar que existiera una cierta separación de roles por sexos dentro del seno familiar, no era un ambiente en el que se disgregara a las mujeres, de hecho, se fomentaba cierta igualdad al animar tanto a hijos como a hijas a que cursaran estudios superiores en la universidad. Ello hace que muchas se matricularan en Filosofía y Letras por pura inercia, simplemente por ser la titulación más apropiada para las *señoritas*, descubriendo su vocación una vez dentro de la institución. Historiadoras de la talla de Emilia Salvador o Carmen Aranegi reconocen haber empezado sus estudios a expensas del empuje de sus madres, sin tener claro de antemano cuál sería su futuro profesional al respecto.

De lo que no nos cabe duda es de que la figura de la madre aparece en todos los casos como un referente esencial, ya sea para asemejarse a ellas o para distanciarse de sus modos de vida. Para la mencionada Celia Amorós, por ejemplo, su madre representaba todo un hito a seguir en comparación con el resto de las mujeres de su familia, consagradas a la vida doméstica y al cuidado de los hijos. Por otro lado, para Trini Simó la universidad representaba la vía para alejarse del modelo de mujer que le inspiraba su madre, una mujer cultivada en artes como la pasamanería o el bordado, pero muy alejada del espíritu independiente y decidido que Trini había adquirido después de pasar un año trabajando en París.

Tampoco cabe pensar que todas ellas entraran en Filosofía y Letras por puro azar, empujadas por el convencionalismo social que hacía de los estudios humanísticos una disciplina adecuada para la mujer, sino que también podemos encontrar casos como los de M^a Jesús Teixidor o Raquel Payá, quienes desde el primer momento están convencidas de sentir por la historia, la geografía o la pedagogía una especial atracción. En este aspecto nos ha llamado la atención el caso de Francisca Olmedo, quien tenía por objetivo profesional ser periodista, un oficio poco

reglamentado en aquella época y carente de unos estudios propios especializados. Ante la imposibilidad de desplazarse a Madrid para estudiar en la única escuela de periodistas del Estado español de finales de los años 40, encontrará en Filosofía y Letras la titulación más parecida y mejor condicionada para poder desarrollar su vertiente literaria. Este patrón puede identificarse igualmente en el caso de Carmen Aranegui, aunque ésta, una vez matriculada en Filosofía y Letras, abandonará el anhelo periodístico para centrarse en la arqueología, mientras que Francisca Olmedo acabará estudiando periodismo en Madrid y ejerciendo como tal en varios periódicos y radios valencianas.

Así pues, entre los motivos que subyacen a la elección de la carrera de Filosofía y Letras por parte de las que acabarán siendo las primeras profesoras de esta titulación en Valencia, no cabe buscar un denominador común, sino más bien un conjunto de experiencias y vivencias personales. Estudiar en la universidad en los años 40, 50 o 60 y, más aun, estudiar Filosofía y Letras, ya no es una decisión transgresora, sino que lo que realmente trasciende los límites marcados hasta la fecha fue la decisión de permanecer en la institución una vez finalizados sus estudios, desarrollando una labor profesional y una carrera académica en las mismas condiciones en las que los hombres venía haciéndolo durante casi cinco siglos.

Cuando se les pregunta si trabajar en la universidad era algo premeditado, una idea que perseguían desde antes de empezar sus estudios, todas las mujeres a las que hemos podido entrevistar contestan que no. Sí que estaba en su cabeza la posibilidad de desarrollar un trabajo cualificado, de empezar una carrera laboral, no obstante, ésta no tenía cabida en la institución universitaria, patrimonio casi exclusivo del género masculino.

Emilia Salvador, que se licencia en 1961, empieza inmediatamente a prepararse las oposiciones para profesora en institutos de enseñanza media, no siendo hasta que el catedrático Joan Reglà, quien había sido su maestro en la disciplina histórica, le proponga doctorarse y dar clases en la universidad, cuando Emilia se plantea seriamente la posibilidad de emprender una carrera académica en el seno de la Facultad de Filosofía y Letras de Valencia. Y así es como la encontramos al curso siguiente de finalizar sus estudios adscrita a la cátedra de historia moderna como profesora ayudante de clases prácticas.

La figura del maestro constituye otro referente esencial en la carrera de la mayoría de estas mujeres. Historiadores como Joan Reglà, Miquel Tarradell o Emili Giralt entre otros, son personalidades clave para entender el proceso de acceso de las mujeres a la investigación y a la docencia universitaria; pues en un mundo que, a pesar de no estar cerrado, tampoco ofrecía grandes portales de entrada, algunos hombres constituyeron un empuje y un apoyo fundamental en la conquista de la universidad por el género femenino.

Sin duda, el caso paradigmático lo representa el catedrático de arqueología Miquel Tarradell. Durante los años que Tarradell permaneció en la Universitat de València fue rodeándose poco a poco de un equipo puntero, de gran calidad investigadora. Para Tarradell solo los mejores debían estar en su equipo, y si el mejor era una mujer, ésta debía promocionar igual que podía hacerlo un hombre. Así, el arqueólogo de origen catalán se fue rodeando de mujeres como Milagro Gil-Mascarell, Gabriela Martín Ávila o Carmen Aranegui, reputadas arqueólogas y brillantes prehistoriadoras, con largas carreras que avalan el buen ojo de Miquel Tarradell. Los que lo

conocieron coinciden en señalar que Miquel Tarradell tenía una especial sensibilidad respecto a la situación de la mujer en su época, considerando que en muchos casos se menospreciaba su capacidad y su trabajo. Para ellas, trabajar con Tarradell también suponía un reto y una prueba de superación que supieron superar con creces. En otras muchas cualidades, el equipo de Miquel Tarradell destacaba por poseer un perfil altamente internacional, algo en lo que ninguna de las tres se quedó atrás, complementando su formación en universidades extranjeras y participando en numerosas excavaciones por todo el mundo. Gabriela Martín, quien además de ser una pionera en la Universitat de València posee el mérito de ser una de las primeras mujeres dedicadas a la arqueología subacuática, se formó de la mano de uno de los mayores especialistas en dicho campo, el italiano Nino Lamboglia.

No obstante, no todas pudieron contar con el apoyo de un catedrático para su acceso a la universidad. Trini Simó, por ejemplo, fue vetada por el catedrático de Historia del Arte, Felipe Garín, quien no estaba dispuesto a ceder terreno dentro del que había sido tradicionalmente un campo de exclusivo poder masculino. Ante la insistencia de algunos de sus compañeros, quienes creían ver en Trini un talento y una capacidad que bien merecía una plaza en la Universitat, hubo de claudicar y permitir su adscripción a la cátedra de Historia del Arte que él ostentaba, no sin antes asegurarse de relegarla a una posición secundaria. Lo que pretendía ser un castigo se convirtió en un regalo para Trini, quien cuenta que impartir las clases del turno nocturno a las que la obligaron, supuso para ella la confirmación de su vocación como historiadora.

Como en todas las investigaciones, siempre tiene que haber una excepción, y ésta la constituye Celia Amorós. Según la concepción que ella misma tenía de la Filosofía, ésta sólo tenía sentido si era transmitida, enseñada. Por tanto, para Celia, el camino a seguir tras licenciarse en la Universitat estaba claro desde el primer momento. Ello no quiere decir que su camino fuera más fácil que el de las demás, de hecho, Celia es, probablemente, unas de las mujeres que más escollos hubo de superar a la hora de quedarse en la universidad. Estudiar filosofía era cosa de mujeres, pero hacer filosofía era dominio de los hombres. De hecho, su tesis doctoral, que años después la consagraría como una de las pensadoras más relevantes del panorama contemporáneo, fue calificada con un suficiente y a Celia se la invitó a dedicarse a otros quehaceres. Sin embargo, nada de ello fue obstáculo para que Celia se convirtiera, en 1969, en la primera mujer adscrita al Departamento de Lógica y Filosofía de la Ciencia de la Universitat de València.

Como puede observarse, el salto del pupitre al encerado no fue tan conflictivo como de primeras puede pensarse, aunque ello no quita que supusiera una auténtica revolución mental para la época. La mujer podía, y en muchos casos debía, tener unos estudios, pero para cultivar su intelecto, no para desempeñar una profesión. Realmente había una diferencia muy grande, un verdadero salto cualitativo, entre reconocer la capacidad del género femenino para adquirir unos conocimientos y para generarlos. Trabajar en la universidad no solo suponía impartir clases, tarea que las mujeres llevaban años realizando en institutos y centros de enseñanza, sino también, y he aquí la principal barrera mental que se planteaba, dedicarse a la investigación, elaborar nuevas tesis, acudir a congresos, impartir lecciones magistrales, en definitiva, generar nuevo conocimiento científico. Que dicho conocimiento fuera considerado igual, al mismo nivel,

que el generado por los hombres, suponía equiparar el intelecto y la capacidad femenina a la masculina, lo cual sí supone una auténtica revolución de la mentalidad.

Ese cambio en la concepción intelectual de los géneros no pudo darse de la noche a la mañana, sino que fue un proceso más o menos extendido en el tiempo. Los primeros pasos de la mujer en la Facultad estuvieron marcados por comportamientos paternalistas, sobreprotectores, que no hacían sino reforzar la discriminación. Dentro de un ambiente de aparente igualdad, la mujer que acudía a un congreso científico siempre contaba con alguien que la recogía y acompañaba a la estación, o que velaba por su confort en la Facultad. Estos comportamientos solo fueron desapareciendo a medida que la presencia de mujeres fue haciéndose más notoria dentro de la institución y a medida que éstas fueron asegurando su posición y la de las que vendrían detrás. Así pues, una vez asumida la presencia de la mujer en la universidad, la tónica general tolerará que éstas desarrollen una labor docente, incluso una labor investigadora, siempre y cuando no tratasen de ambicionar mejoras laborales ni, menos aun, de alcanzar la anquilosada posición de los grandes catedráticos. A pesar de no ser un mundo excesivamente hostil, la universidad tampoco era la panacea de la igualdad, sino que durante muchos años se siguió reforzando el papel subordinado de la mujer.

En esta línea, una de las prácticas más habituales durante los primeros años era que los catedráticos buscasen tener una mujer como adjunta, como una especie de ayudante, puesto que les precedía la fama de ser organizadas y buenas trabajadoras, a la vez que no ambicionaban ascensos ni promociones. Este conformismo generalizado entre las mujeres no se daba del mismo modo entre los hombres. Aunque, como ya hemos dicho, tanto hombres como mujeres pasaban en sus primeros estadios por puestos inseguros y precarios dentro de la Universitat, la principal diferencia radicaba en que para ellas las plazas de ayudantes o encargadas de curso podían convertirse en algo perpetuo, mientras que para ellos tan solo constituían los primeros escalones de su ascenso hacia la posesión de una cátedra.

Con todo, si bien aceptamos la teoría de la existencia de un techo de cristal en el acceso de las mujeres a la universidad, no creemos que dicho acceso estuviese totalmente vedado al género femenino. De hecho, a raíz del estudio planteado, consideramos que los principales escollos para acceder a la institución no estaban dentro de ésta, sino fuera, en la sociedad. Dejando a un lado los condicionantes económicos y de clase, que afectaban por igual a hombres y a mujeres, las concepciones que la sociedad tradicionalmente aceptaba para el género femenino, otorgaban a la mujer su papel en el seno de la familia y del hogar. Así pues, no se trataba de luchar contra el entorno inmediato, ni contra unas leyes injustas, sino de fragmentar la conciencia de género que se había ido creando y consolidando a lo largo de la historia (SÁNCHEZ, VERDUGO, 2011: 2).

Muchas veces, las limitaciones autoimpuestas fueron mayores que las que ofrecía el propio sistema. El matrimonio, el cuidado del hogar o la llegada de la maternidad constituyeron barreras infranqueables para muchas mujeres. Ello no quiere decir que las que apostaran por la vida universitaria hubieran de renunciar a formar una familia. De entre las mujeres estudiadas podemos encontrar ejemplos de soltería, pero también de matrimonios precoces y de maternidad. Amparo Álvarez destaca el hecho de haber sido madre a los veinte y siete años, en

pleno desarrollo de sus investigaciones, sin que ello le obligara a renunciar a nada, aunque sí a compartimentar más su tiempo. Así pues, en cierta medida, dar el paso de trabajar en la universidad no solo significaba un cambio mental en la sociedad, que debía aceptar la valía de una mujer para ejercer una profesión, sino también un ejercicio de toma de conciencia de las propias capacidades por parte de las propias mujeres que la desempeñaron.

Conclusión

Para concluir, unas veces por convicción propia y otras animadas por sus maestros, la mujer irá ganando protagonismo y ascendiendo en la escala laboral, accediendo a plazas titulares, obteniendo cátedras y dirigiendo departamentos; así como participando en la gestión y dirección de la Universitat de València. Aunque durante las décadas de 1930, 1940 y 1950 podemos considerar que la situación profesional de la mujer en la Universitat de València no conoció grandes avances, a lo largo de los 60 y sobre todo en los 70 asistimos a una verdadera eclosión de su presencia, en consonancia con el crecimiento de la propia universidad en esos años. Una Universitat en la que, ahora sí, tienen cabida las mujeres. Así pues, no es de extrañar que sea también es ese momento, en relación con el contexto general de aperturismo político y cambio social, cuando las mujeres empiezan a dar sus primeros pasos en la gestión de la Universitat de València. La principal diferencia entre ambos saltos radica en que, en esta segunda ocasión, sí que fueron ellas mismas las que, conscientemente, impulsaron su carrera dentro de la política universitaria.

La conclusión que extraemos al respecto es que a la mujer se le reconoció mucho antes su valía intelectual que su capacidad de dirección, pues no hemos de olvidar que pasan 50 dolorosos años entre la entrada de la primera profesora (Olimpia Arozena, en la década de los 30) hasta que Isabel Morant puede participar de un Equipo Rectoral en los 80. Es decir, del mismo modo que costó aceptar que las mujeres tenían la capacidad de generar y transmitir el conocimiento científico, hubo que esperar, y luchar, hasta conseguir que se les reconociera la capacidad de dirigir y gestionar una institución como la Universitat de València.

En este sentido, la conquista de la universidad como espacio profesional por el género femenino ha sido una de las victorias más decisivas en la lucha por la igualdad entre hombres y mujeres, pues supone reconocer un valor a la vez intelectual, social y económico de la mujer en el seno de la sociedad.

Fuentes

Memoria del curso..., Universitat de València, 1945/1946; 1953/1954 – 1956/1957; 1965/1966 – 1972/1973; 1979/1980.

AUV, Archivo General, Libros

AUV, Archivo General, Expedientes Académicos

AUV, Archivo General, Libros, Actas de la Junta de Gobierno, 3242 – 3244

Archivo Intermedio Universidad de Valencia, Libro de Actas del Claustro, 1984 – 1985

Bibliografía

Baldó Lacomba, Marc (1997): “La Facultat de Filosofia i Lletres de València: 1857 – 1977”, *Saitabi*, 47, (21 – 87).

Ballarín Domingo, Pilar (2011): *La educación de las mujeres en la España contemporánea (siglo XIX – XX)*, Síntesis, Madrid.

Ferrer Mora, Hang; Josef Holzinge, Herbet; Raposo Fernández, Berta (2007): *Homenaje a Herta Schulze Schwarz*, Quaderns de filología, Valencia.

Flecha García, Concsuelo (1996): *Las primeras universitarias en España: 1872 – 1910*, Narcea, Madrid.

García de León Álvarez, Antonia (1990): “Las profesoras universitarias: el caso de una élite discriminada”, *Revista Complutense de educación Volumen 1, Nº3* (355-372).

Jiménez Jaen, Marta Esther, (2003), “El género en el profesorado el caso de las profesoras universitarias”, *Clepsydra*, Nº 2 (72-102).

Mancebo, María Fernanda (1994): *La Universidad de Valencia, de la Monarquía a la República (1919 – 1939)*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia.

Sánchez Durá, Dolores; Verdugo Martí, Vicenta (2011): *El acceso de las mujeres a la Universitat de València (1910-1960)*, Unitat d'Igualtat, Universitat de València, Valencia.

Peset, Mariano (coord.), (2000): *Història de la Universitat de València*, Publicacions de la Universitat de València, Valencia.

Tomás, Marina; Ion, Georgeta; Bernabeu, Maria Dolors (2013) “Ser o no ser visibles en la Universidad. Un estudio sobre las profesoras”, *Pedagogía social: revista interuniversitaria*. Nº21 (189-211).